ΣΟΦΙΑ



REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

REENCARNACION

(CONCLUSIÓN)

PRUEBAS DE LA REENCARNACIÓN

Las pruebas de la Reecarnación no alcanzan una demostración completa y general, pero establecen una presunción tan firmemente fundada, como lo permite la naturaleza del caso. La teoría que contienen ofrece la única explicación satisfactoria del crecimiento y decadencia de las naciones, de los hechos de la evolución individual, de las diversas capacidades de los hombres, de la repetición de los ciclos en la historia, de los caracteres humanos excepcionales. Me contento, á pesar de la certidumbre de mi conocimiento, de que la Rèencarnación es un hecho en la Naturaleza, con poder presentarla aquí como una hipótesis racional, más bien que como un teorema demostrado; pues escribo para aquellos que buscan la evidencia en los hechos de la vida é historia humanas; y para éstos no puedo ir más allá de los límites de una hipótesis racional. Los que saben que es una verdad, no necesitan otros argumentos.

I. Existen algunas personas, además de otras que ya no gozan de la vida terrestre, que recuerdan sus propias encarnaciones y pueden acordarse de sus incidentes como pudieran hacerlo con los de su vida presente. La memoria — que es el lazo entre los diferentes estados de experiencia del ser consciente, y que lleva consigo el sentimiento de la individualidad igualmente que el de la personalidad—se extiende para éllos á través de los nacimientos y muertes pasadas; y las noches de la muerte no les interrumpen la cadena de la memoria como no la interrumpen las noches que separan los días de nuestra vida ordinaria. Los sucesos de sus vidas pasadas son experiencias tan reales de sus Yos vivientes, como si hubiesen tenido lugar pocos años antes; y decirles que no han tenido tales experiencias, es para éllos tan necio como el persistir en que los sucesos por que han pasado hace diez años, ocurrieron á otras personas y no á éllos mismos. No discutirían el asunto, sino que se encogerían de hombros y no hablarían más de él, pues no se destruye con argumentos las experiencias que existen en la conciencia de un hombre. Por otro lado, el testimonio de un hombre sobre hechos de su propio conocimiento, no basta á demostrar la realidad de tales hechos á otra persona, y, por tanto, este testimonio no es una prueba concluyente para nadie, excepto para el que los ha experimentado. Es la seguridad final de la verdad de la Reencarnación para la persona, cuya memoria le atestigua su propio pasado; su valor para el que escucha,

debe depender de la opinión que le merezca la inteligencia y la moralidad del narrador. Si es una persona, no sólo honrada en los asuntos ordinarios de la vida, sino también de una fuerza intelectual superior, una persona no solamente moral sino también de gran pureza, veraz y exacta, entonces, bajo tales circunstancias, su deliberada afirmación de que recuerda incidentes de su pripia vida que tuvieron lugar hace algunos siglos, y la relación de estos incidentes con minuciosas circunstancias locales, tendrían probablemente un peso considerable para aquellos que estuviesen familiarizados con su integridad y talento; es un testimonio de segunda mano, pero valioso en su género.

II. El vegetal, el animal y el hombre, muestran todos las señales de la obra de la «ley de la herencia», de la tendencia de los padres á transmitir á sus descendientes las peculiaridades de su propia organización. El roble, el perro y el hombre, pueden ser reconocidos por sus diferencias externas en el mundo entero. Todos son engendrados y crecen conforme á determinadas condiciones; cada uno de ellos procede de dos celdas: una masculina y otra femenina, desarrollándose á lo largo de las líneas de sus padres. El hijo reproduce las señales específicas de los padres, y por mucho que puedan diferir las familias de un mismo tipo, reconocemos, sin embargo, las peculiaridades que las unen. Juntamos, bajo el nombre de «perro», el San Bernardo y el faldero, el cazador de jabalíes y el sabueso gris italiano, del mismo modo que juntamos, bajo el nombre de «hombre», al Veddah y al Inglés, al Negro y al Râjput. Pero cuando llegamos á tratar de las capacidades intelectuales y morales, entre las variedades de los perros y de los hombres, nos choca grandemente una diferencia significativa. Estas capacidades varían en los perros dentro de límites relativamente estrechos; puede ser hábil ó estúpido, indómito ó apacible, pero la diferencia entre un perro hábil y otro estúpido, es comparativamente pequeña. Pero cuán inmensa es la distancia que separa al hombre inferior del superior, ya sea en inteligencia ó en moralidad; mientras que los de una raza sólo pueden contar «una, dos, tres ó muchas», los hijos de otra pueden ofrecer distancias que tienen que ser computadas por períodos de muchos años; una raza tiene por virtud filial el dar muerte á sus padres, ó considera la traición como justa, mientras que otra da á la humanidad un Francisco Javier, un Howard ó un Lloyd Garrison. En el hombre y sólo en el hombre, entre todas las razas que pueblan la tierra, encontramos una unidad física tan grande, á la par que una diferencia intelectual y moral tan enorme. Admito la herencia física como explicación de la primera, pero necesito algún factor nuevo, que no existe en el bruto, para la explicación de la segunda. La Reencarnación, con su Ego intelectual y moral persistente, que aprende, por medio de la experiencia que se desarrolla en millares de millares de años, presenta una causa que satisface y también una causa que explica por qué progresa el hombre, mientras que los animales permanecen estacionados bajo el punto de vista moral é intelectual, excepción hecha de cuando son educados artificialmente por el hombre.

Tan lejos como la historia penetra en el pasado, se ve que los animales salvajes han vivido siempre como viven ahora; fieras, manadas de búfalos, tribus de monos, comunidades de hormigas, viven y mueren, generación tras generación, repitiendo las costumbres de sus ascendientes, morando en las cavernas de sus antepasados, sin desarrollar una vida social superior. Tienen herencia física, lo mismo que el hombre, y su instinto maravilloso demuestra lo que pueden hacer. Pero la herencia física no les da, porque no puede dársela, la experiencia acumulada, que permite á los Egos humanos persistentes el ascender sin cesar, construyendo grandes civilizaciones, reuniendo conocimientos, elevándose más y más, de manera que nadie puede trazar un límite más allá del cual no pueda la humanidad crecer. Este elemento persistente que falta en el animal y que existe en el hombre, es el que explica por qué el animal está estacionado, y el hombre progresa. No hay en el animal receptáculo alguno para alma-

cenar las experiencias que reune, excepto cuando modifica su organismo físico, y esta experiencia física se hace á propósito para ser transmitida; pero el hombre, acumulando la esencia de sus experiencias en el Ego inmortal, principia una y otra vida con este depósito como propiedad suya, y así tiene la posibilidad del crecimiento continuado. ¿Pues de qué modo puede ser transmitida la experiencia intelectual, si no es por la conciencia? Los hábitos físicos que modifican el organismo, pueden ser transmitidos físicamente, del mismo modo que sucede con la tendencia á trotar del caballo, y la de parar la caza en el perro, y así sucesivamente; en los animales, lo mismo que en los hombres, estos hechos son notorios. Igualmente notorio es el del estacionamiento intelectual y moral del animal comparado con la facultad de progresar del hombre. Otro hecho digno de notarse, es que ninguna influencia exterior puede imprimir en el cerebro de las razas humanas más inferiores, las concepciones morales elementales, que las más avanzadas se asimilan á su presentación casi inmediatamente. Algo más que el aparato cerebral se necesita para una percepción intelectual ó moral, y ninguna educación puede dar este algo; la educación puede volver el aparato delicado; pero el impulso del Ego es necesario para que el aparato pueda responder á las sugestiones exteriores. Ni dice nada en contra de esta verdad el que un niño europeo que fué encerrado fuera de todo roce con los hombres, haya salido bestial y apenas humano; pues el órgano físico necesita del juego saludable de las influencias físicas, si ha de ser usado en este plano; y si está desorganizado por un tratamiento desnaturalizado, no puede responder á sugestión ninguna del Ego, del mismo modo que un piano abandonado á la humedad y al orín, no puede dar notas melodiosas con sus cuerdas deterioradas.

III. Dentro de los límites de una familia, hay ciertas particularidades hereditarias que constantemente reaparecen, y algún «parecido de familia» une los miembros de la misma. Estos parecidos físicos son patentes y están considerados como testimonios de la ley de herencia. Hasta aquí, conformes; pero ¿cuál es la ley que explica las sorprendentes diferencias de capacidad mental y de carácter moral, que se encuentran dentro de los estrechos límites del círculo de una sola familia, entre hijos de unos mismos padres? En una familia de hogar tranquilo y de temperamento afectivo, establecida en el mismo punto durante generaciones, nace un muchacho de espíritu salvaje y vagabundo, que ninguna disciplina puede domar, ni ningún incentivo contener. ¿Cómo es, pues, que se encuentra un tipo semejante en circunstancias tales, si la naturaleza mental y moral nacen de fuentes hereditarias? O bien cuando un «bandido» nace en una familia noble y pura, desgarrando los corazones que le aman, y deshonrando un nombre sin mancha, ¿de dónde viene? Y también, cuando un blanco capullo de santidad entreabre su radiante hermosura en medio de circunstancias de familia bestiales y sórdidas, ¿qué es lo que desprendió la semilla de planta tan exquisita en un suelo tan perverso? En este punto, en todos los casos, la Reencarnación da la clave, colocando las cualidades mentales y morales en el Ego inmortal, y no en el cuerpo físico nacido de los padres. Encuéntranse grandísimos parecidos físicos entre hermanos cuyos caracteres mentales y morales son polos opuestos. La herencia puede explicar lo primero, pero no así lo segundo (1). La Reencarnación se adelanta á llenar el vacío, y completa de este modo la teoría del progreso humano.

IV. Este mismo problema se presenta mucho más acentuado en el caso de hermanos gemelos, en los que los niños tienen no sólo idénticos padres, sino también idénticas condiciones prenatales. Y, sin embargo, los gemelos unen á menudo el más completo parecido físico, con una gran diferencia de tipo mental y moral. Y otro punto significativo,

(1) No es que olvide la «reversion» ni tampoco el punto de cómo tales tipos discordantes entran en una familia si los Egos son atraídos, como se ha dicho, á circunstancias que les sean adecuadas; pero estos puntos son para ser tratados en las «objeciones.»

en relación con gemelos, es que durante la infancia son á menudo indistinguibles el uno del otro, aun para los ojos penetrantes de una madre ó de una nodriza, mientras que más adelante en la vida, cuando Manas ha trabajado por medio de su encierro físico, lo habrá modificado tanto, que el parecido físico decrece y las diferencias de carácter se estampan en las móviles facciones.

V. La precocidad de la infancia exige alguna explicación por parte de la ciencia. ¿Por qué pudo Mozart á los cuatro años demostrar un conocimiento que nadie le había enseñado? No solamente tenía gusto delicado para la melodía, sino también habilidad «instintiva» para producir composiciones para las melodías que se le daban al efecto; composiciones que no interrumpían ninguna de las leyes complicadas que el músico tiene que aprender por medio de un estudio paciente. «Nació de una familia de músicos». Seguramente, pues de otro modo sería muy difícil comprender cómo el delicado aparato físico, necesario para la manifestación de este genio transcendental, había podido ser proporcionado; pero si su familia le dió su genio además del organismo para su manifestación, se desearía saber por qué hay tantos que poseen un aparato físico musical, mientras que ninguno, á excepción de él, ha mostrado el poder que manaba de las sinfonías, sonatas, óperas y misas que corrían como cascada de joyas de aquella fuente inagotable. ¿Cómo un efecto tan poderoso pudo provenir de una causa tan poco adecuada, puesto que en toda la familia Mozart no hubo más que un MOZART? Otros muchos casos pudieran citarse en que el niño sobrepuja á sus maestros, haciendo con facilidad lo que á éllos tanto trabajo les había costado llegar á hacer, y ejecutando rápidamente lo que éllos no podrían en manera alguna llevar á cabo.

VI. La precocidad infantil no es sino una forma de manifestación del genio, y el genio en sí necesita explicación. ¿De dónde viene éste cuyo rastro es más difícil de seguir que el de los pájaros en el aire? Un Platón, un Dante, un Bruno, un Shakspeare, un Newton; ¿de dónde vienen estos radiantes hijos de la humanidad? Nacen en familias medianas y son los primeros y los últimos que inmortalizan los nombres de aquellas familias cuya misma obscuridad es la prueba evidente de que no poseen sino habilidades comunes; nace un niño, es amado, acariciado, castigado y educado como todos los otros; repentinamente la joven águila se remonta al sol desde el nido de gorrión de su casa, y el batir de sus alas sacude el aire mismo. Si una cosa semejante sucediese en el plano físico, no murmuraríamos «herencia y caso curioso de reversión», sino que buscaríamos al águila padre y no seguiríamos el rastro de la genealogía de los gorriones. Así, pues, cuando un Ego poderoso desciende á una familia mediana, tenemos que buscar en aquel Ego la causa del genio y no en la genealogía de la familia.

¿Puede atreverse nadie á explicar por la herencia el nacimiento en el mundo de grandes genios morales como un Lao-Tze, un Buddha, un Zarathustra ó un Jesús? ¿Debe la Raíz Divina de donde salen estas flores de la humanidad, ser buscada en el suelo del linaje físico, y las fuentes de sus vidas gloriosas en el pequeño pozo de la común humanidad? ¿De dónde han traído ellos su sabiduría no enseñada, su penetración espiritual, su conocimiento de las penas y necesidades humanas? Los hombres han sido tan deslumbrados por sus enseñanzas, que las han creído revelaciones de una Deidad sobrenatural, mientras que no son más que el fruto maduro de cientos de vidas humanas; aquellos que rechazan el concepto de la Deidad sobrenatural, tienen que aceptar la Reencarnación ó lo irresoluble del problema de su origen. Si la herencia puede producir Buddhas y Cristos, bien pudiera darnos algunos más de éllos.

VII. La observación de las extraordinarias diferencias entre las gentes para asimilarse conocimientos de todas clases, nos lleva á las mismas conclusiones. Tomad dos personas de un mismo nivel intelectual, inteligentes más bien que estúpidas. Presentadles á cada una el mismo sistema de filosofía. Uno se da inmediatamente cuenta de sus principios fundamentales, el otro permanece

pasivo é inerte ante él mismo. Presentad á estas mismas personas otro sistema, y sus respectivas posiciones cambiarán. El uno tiene «una inclinación» hacia una forma de pensamiento, y el otro hacia alguna otra. Dos estudiantes son atraídos á la Teosofía, y principian á estudiarla; al cabo de un año el uno se familiariza con sus concepciones principales, mientras que el otro lucha en la perplejidad. Al uno le es familiar cada principio á su presentación; para el otro es nuevo, extraño, incomprensible. El creyente en la Reencarnación comprende por esto que la enseñanza es antigua para el uno y nueva para el otro; el uno aprende pronto *por que se acuerda,* no hace más que recordar conocimientos pasados; el otro aprende despacio por que su experiencia no ha incluído estas verdades de la Naturaleza, y las adquiere trabajosamente por la primera vez.

VIII. Estrechamente enlazada con este rápido recordar de pasado conocimiento, está la intuición, que percibe una verdad como tal verdad desde que se la presentan, y no necesita ningún lento proceso de argumentación para llegar al convencimiento. Semejante intuición es puramente el reconocimiento de un hecho que fué familiar en una vida pasada, aunque encontrado por primera vez en la presente. Su señal es que ningún argumento refuerza la convicción interna que se obtuvo con la sola percepción del hecho mismo; los argumentos para demostrar su realidad pueden buscarse y construirse para otros, pero no son necesarios para la satisfacción de aquel individuo. *Este* trabajo ha sido hecho, en lo que le concierne, en su experiencia anterior, y no tiene necesidad de volver á andar el mismo camino.

IX. La Reencarnación resuelve, como ninguna otra teoría sobre la existencia humana, los problemas de disparidad de circunstancias, de capacidad, de oportunidad, etc., que, de otro modo, permanecen como testimonio de que la Justicia no es un factor en la vida, sino que los hombres son el mero juego del favoritismo de un Creador irresponsable ó de las fuerzas ciegas de una naturaleza sin alma. Nace un niño con un cerebro á propósito para ser el instrumento de todas las pasiones animales, un «cerebro de Criminal», vehículo de deseos perversos y de instintos brutales; hijo de un ladrón y de una ramera, la sangre de su vida procede de una fuente inmunda y envenenada; las circunstancias que le rodean lo educan en el vicio y en todo género de malas inclinaciones. Otro nace con un cerebro noblemente moldeado, á propósito para manifestar una inteligencia de las más espléndidas, con muy pequeña base física como instrumento de las malas pasiones; hijo de padres puros y pensadores, su naturaleza física está construída con buenos materiales, y todo lo que le rodea, le conduce por el camino de la buena conducta, educándolo en las acciones buenas y generosas, ayudándole á reprimir todos los pensamientos bajos y malos. El uno, por su organismo y circunstancias, está de antemano condenado á una vida de crímenes, ó cuando menos, si lo Divino en él se hace sentir, á una lucha espantosa, con enorme desventaja, lucha que, caso de terminar en victoria, tiene que dejar al vencedor exhausto, mutilado, despedazado el corazón. El otro, tanto por su organismo, como por lo que le rodea, está de antemano destinado á una vida de actividad benéfica, y su lucha no será contra el mal que lo arrastre hacia abajo, sino que marchará por un camino superior que lo atrae hacia arriba. ¿Por qué estos destinos tan distintos, si estos seres humanos entran por vez primera en el escenario de la vida? ¿Debemos decir que alguna Providencia consciente y directora crea dos vidas, condenando á la una á la mayor degradación y colmando á la otra de las más elevadas posibilidades? Si es así, entonces la humanidad sollozante y desvalida, presa en las garras de una insondable Injusticia, no puede hacer más que temblar y someterse; pero debe cesar de hablar de la Justicia ó del Amor como atributos de la Deidad que reverencia.

Si un resultado igual proviene de las fuerzas ciegas de la Naturaleza, entonces también se encontrará el hombre completamente desvalido en las garras de Causas que nó puede profundizar ni dominar; y en torno de

su corazón, mientras dure su raza, se enrollará la dentada serpiente del resentimiento venenoso contra la Injusticia, estando la mala ó buena suerte basada en la rueda de la lotería de la ciega Fortuna, suerte que cae sobre los hombres, sin que tengan éllos el poder de aceptarla ó rechazarla. Pero si la Reencarnación es una verdad, entonces la Justicia gobierna al mundo, y el destino del hombre depende de sí mismo. El ceder á pensamientos y actos malos; el hacer daño á los demás; el perseguir sin escrúpulos fines egoístas, construyen para el hombre que se reencarna, un cerebro que es el instrumento á propósito para la creciente manifestación de aquellos actos; un cerebro en el que todas las malas tendencias encontrarán encajes en que poder funcionar con facilidad y en el cual las fuerzas buenas buscarían en vano órganos físicos para su expresión. Esta naturaleza con un equipo físico tan perverso, será atraída á circunstancias que le sean apropiadas, en donde se le presentarán por todos lados oportunidades para obrar mal, y á padres cuyos envenenados cuerpos pueden proporcionar los materiales físicos más á propósito para servir de elemento á tales manifestaciones. ¿No es esto terrible? Sí; lo mismo que lo es el que la embriaguez perenne conduzca á la destrucción del cuerpo y del cerebro. Pero donde hay la Justicia, la Ley inviolable, hay esperanza; pues no somos meras pajuelas arrastradas por el viento, sino dueños de nuestro propio destino, puesto que por medio del conocimiento podemos guiar estas leyes que nunca nos fallarán y que se convierten en ayudadores nuestros en lugar de enemigos. Pues así como el hombre puede construir para el mal, puede hacerlo para el bien, y producir el reverso de los resultados que se acaban de bosquejar. La resistencia á los pensamientos y actos malos; el servir con paciencia á los demás hombres; la devoción escrupulosa á fines generosos, todo esto construye para el hombre que se reencarna, un cerebro que es el instrumento propio para su manifestación creciente, en donde todas las buenas tendencias encontrarán los medios adecuados para su fácil funcionamiento, y en donde las fuerzas perniciosas buscarían en vano órganos físicos para su expresión. Una naturaleza semejante es igualmente atraída á un campo de acción en donde las oportunidades para la manifestación de la buena voluntad se agruparían á su alrededor, y hacia padres dignos de construir su tabernáculo físico. Pero en cada caso el tabernáculo se construye bajo el plan proporcionado por el arquitecto, el Ego, y éste es el responsable de su obra.

La Reencarnación también nos explica los contrastes extraordinarios entre las aspiraciones de las gentes y sus capacidades. Encontramos una mente ansiosa, aprisionada en el cuerpo más deficiente, y sabemos que si está ahora impedida de manifestarse, es por su negligencia en utilizar sus capacidades en una vida anterior.

Vemos á otro apenándose por alcanzar los más elevados éxitos, luchando con anhelo patético por asir las concepciones más sutiles, mientras que falla de una manera lamentable en la asimilación de las ideas más sencillas y fundamentales de la filosofía que quiere asimilarse, ó en llenar las modestas condiciones que requiere una vida medianamente útil y antiegoísta. Reconocemos en esto que no se han aprovechado oportunidades pasadas; que las posibilidades de grandes éxitos han sido desatendidas ó voluntariamente rechazadas, de manera que ahora el camino de elevación del Ego se encuentra obstruído y su fuerza paralizada, y el alma suspira con anhelo lastimoso y desesperanzado, por un conocimiento que ningún poder exterior le niega, pero inaccesible, porque no puede verlo por más que se encuentre á sus mismos pies.

Otro argumento hay para los que creen en una Providencia personal directora, que crea los espíritus de los hombres. ¿Es decoroso el imaginar la Deidad pronta á la señal y llamada de sus criaturas en el ejercicio de su energía creadora, como si estuviese á las órdenes de las pasiones y sensualidad de los hombres, para crear un espíritu humano que habite el cuerpo que haya resultado de cualquier acto malo ó de deseos desenfrenados?

Esta constante creación de espíritus nuevos para habitar las formas cuya existencia depende del capricho de los hombres, tiene en sí algo que debe repugnar á aquellos que reverencian el ideal de un Ser Divino. Sin embargo, no queda otra alternativa, si creen que el hombre es un espíritu, ó tiene un espíritu, como generalmente dicen, y rechazan la Reencarnación.

X. Otro argumento que se dirige solamente á los que creen en la inmortalidad del hombre es, que todo lo que tiene principio en el tiempo, concluye en el tiempo. Todo lo que tiene principio tiene un fin, y lo necesariamente correlativo de la inmortalidad después de la muerte, es la existencia eterna antes del nacimiento. Por esto es por lo que Hume declaraba que la metempsícosis era la única teoría sobre el alma á que la filosofía podía prestar atención, puesto que «lo que es incorruptible no puede ser generable». El pensamiento que se levanta á la dignidad de la filosofía, tiene que aceptar la Reencarnación ó la cesación de la existencia individual con la muerte.

XI. Por otro lado, ¿no es algún tanto irracional, dada la inmortalidad de la Inteligencia Espiritual en el hombre, el suponer que esta inteligencia venga al mundo, habite, pongamos por ejemplo, el cuerpo de un Fidlandez, lo deje y no vuelva nunca más á aprender las lecciones innumerables que puede enseñar esta vida terrestre y que todavía no ha aprendido? Sabemos cuanto mayor desarrollo mental y moral es posible para un hombre en la tierra que el que alcanza un Fidlandez. ¿Por qué tiene esta inteligencia que dejar definitivamente la vida terrestre antes de que se hayan dominado todas sus enseñanzas? El enviar esta inteligencia inexperimentada á esferas espirituales superiores, es lo mismo que mandar á la Universidad un chico que no ha pasado aún de las clases más inferiores de la escuela. El sentido común la obliga á volver una y otra vez, después de los descansos de las vacaciones, hasta que alcance las clases más superiores de aquélla, para pasar, después de aprender todo lo que tiene que aprenderse en ella, á la vida más amplia y á los estudios más profundos del colegio.

XII. La Analogía sugiere la coexistencia de los elementos temporales y de los permanentes en un ciclo de vida. Nacen las hojas de un árbol, maduran y caen; durante su vida toman de él sávia, la cambian en substancia útil para el árbol, le transmiten el resultado de su energía vital, y mueren. No vuelven á levantarse, pero el árbol permanece y produce en la próxima primavera una nueva cosecha de hojas. Del mismo modo vive y reune experiencias la personalidad; la convierte en valores permanentes; la transmite al árbol de donde ha brotado, y perece luego; pasado el invierno, el Ego produce la nueva personalidad para ejecutar igual trabajo, construyendo y alimentando de esta manera el crecimiento del árbol Hombre. Y así, de este modo, vemos que en todo en la Naturaleza lo impermanente sirve á lo permanente, trabajando para el desarrollo de aquella vida más duradera de la cual no es más que el brote pasajero.

XIII. Los ciclos que se reproducen en la historia, marcan la Reencarnación de un gran número de personas como si fueran en masa. Encontramos á la conclusión de períodos de quince siglos la reaparición de los tipos de inteligencia y de carácter que marcaron los principios de tales períodos. Que el investigador compare, teniendo en cuenta esta idea, el período de Augusto en la historia Romana, con el período de Isabel en Inglaterra. Que compare el tipo que se desarrollaba, conquistador y colonizador en el imperio Romano con el de los ingleses. Que compare las corrientes religiosas en el siglo III ó IV después de Cristo, con las del XVIII y XIX, y vea si no puede señalar en el pensamiento místico gnóstico del día, alguna reaparición del final del siglo IV. Cuando haya seguido esta línea de estudios por algún tiempo, empezará á ver que la declaración que hacen los libros teosóficos de que el período medio entre las encarnaciones es de unos quince siglos, no es pura imaginación ó conjetura.

XIV. El apogeo y la decadencia de las razas se explica mucho mejor con la hipó-

tesis de la Reencarnación. Se observa que algunas razas van extinguiéndose á pesar de los esfuerzos que se han hecho para impedir su decadencia; sus mujeres se hacen estériles, disminuyendo así progresiva é inevitablemente su número, y siendo cuestión de tiempo su extinción completa. Los defensores de la Reencarnación, dicen: Los Egos están abandonando aquella raza; todo lo que puede aprenderse por la expresión particular de aquélla, se ha aprendido. Los Egos que han estado informando sus hijos, han pasado á otras razas. Ya no hay Egos niños para balbucear por su medio las lecciones de sus primeras enseñanzas humanas; de aquí que no haya demanda de aquella raza desde el plano de las causas, é inevitablemente tiene que desaparecer. Del mismo modo vemos que cuando una raza ha alcanzado su pináculo de adelanto, empieza lentamente el descenso, y coetáneamente otra raza principia su desarrollo y se eleva á medida que la otra cae. Pues los Egos más avanzados, habiendo ya usado un tipo de raza en todas sus posibilidades, buscan entonces otro tipo que las tenga más superiores, dejando que los Egos menos adelantados continúen en el primero, y pasando éllos á una raza más joven; y así continúa la sucesión, encarnando en el primer tipo cada vez menos Egos adelantados, el que, por tanto, degenera lentamente hasta que llega al estado de que antes se ha hablado, y se advierten las señales de una próxima extinción.

Muchas otras pruebas de la realidad de la Reencarnación pudieran presentarse; pero dado el limitado espacio de que disponemos, basta con éstas. El estudiante celoso y trabajador puede añadir otras á medida que crece su conocimiento.

OBJECIONES Á LA REENCARNACIÓN

La relación de las objeciones que aquí se aducen, se ha sacado de las que han expuesto los adversarios y los investigadores, y se ofrece puramente como ejemplo de las que con más frecuencia se presentan.

I. *La pérdida de la memoria.* — Esta se ha tratado extensamente bajo el título de *¿Qué es lo que no se reencarna?* por lo que no son necesarias más explicaciones.

II. *El aumento de población.* — Si el número de Egos, se pregunta, es fijo, ¿cómo se explican los aumentos de población? Desde luego es dudoso que realmente haya aumento en la población total del Globo, por grande que aquel sea en puntos determinados. Ningún censo de la población total ha sido hecho nunca, y no existen estadísticas que puedan servirnos de guía. Sin embargo, demos por hecho que realmente hay aumento de población. Esto está perfectamente conforme con un aumento en el número de Egos que se reencarnan, teniendo en cuenta la pequeña proporción de éstos con relación al total de Egos desencarnados. Concretando la contestación, diremos: hay, por ejemplo, 3.000 Egos para reencarnar; de éstos, 100 están encarnados, quedando 2.900 fuera de la encarnación; tiene que transcurrir un periodo de mil quinientos años antes que aquellos 100 primeros encarnen de nuevo, y así sucesivamente con cada 100; una ligera disminución del período de desencarnación para algunas de estas oleadas, aumentará necesariamente de un modo muy considerable la población encarnada. Los que hacen esta observación, dan por sentado que la proporción de los Egos desencarnados con relación á los encarnados, es de una mitad, mientras que el número de los primeros es inmensamente mayor que el de los segundos. El Globo es, como si dijéramos, un pequeño salón en una Gran ciudad en donde se dan audiencias á porciones pequeñas de la población total. Puede estar á veces medio vacío, y otras completamente lleno, sin que por eso haya cambio alguno en la población de la ciudad. Así, pues, nuestro pequeño globo puede estar más ó menos densamente poblado, sin que se altere el vasto número de Egos de que alimenta su población, el cual permanece prácticamente inagotable.

III. *La Reencarnación ignora la ley de herencia.* — Al contrario, la hace forzosa en el plano físico. Admite que los padres al proporcionar los materiales físicos, estampan

éstos con su sello propio, por decirlo así, y que las moléculas que constituyen el cuerpo del niño llevan consigo la costumbre de vibrar en sentidos definidos, y de asociarse en combinaciones especiales. De este modo son transmitidas las enfermedades de sucesión, pequeñas particularidades de modales, costumbres, gestos, etc. Pero, continúa el que objeta, esto no es todo. Se transmiten también las peculiaridades mentales tanto como las físicas. Esto es verdad dentro de cierto límite, pero no en la extensión que dan por hecho los que desearían explicarlo todo por el funcionamiento de una sola ley. Los átomos pránicos, así como los físicos, son proporcionados por los padres, y lo mismo lo son los elementos kámicos, especialmente por la madre, y éstos funcionan en las moléculas del cerebro lo mismo que en las del resto del cuerpo, causando de este modo la reaparición en el niño de las cualidades características vitales y pasionales de los padres, que modifican las manifestaciones del Pensador, del Manas, el Ego que se reencarna. La teoría de la Reencarnación admite todos estos modos de influencia de los padres en los hijos; pero á la vez que les da todo su valor, afirma toda la acción independiente, de la que existen pruebas tan patentes como las que hay de la influencia de los padres en el Cuaternario Inferior; y por eso la Teosofía da una completa explicación de las diferencias y de las semejanzas, mientras que la herencia sólo la da parcial y únicamente en uno de los aspectos, basando toda su argumentación en el de las semejanzas ó ignorando el de las diferencias.

IV. *La sucesión es suficiente para explicar las diferencias.* — Es la respuesta á la crítica anterior; el genio lo explican por la reversión, como lo hace con los tipos completamente distintos de sus predecesores inmediatos. Pero si el genio es un caso de reversión, entonces deberíamos poder reconocer el antepasado dotado de él, desde el momento en que lo hace sobresalir de la multitud. El genio sólo debería aparecer por largos que fuesen los intervalos, en las familias en que ya se ha manifestado. Si Shakspeare es un ejemplo de la reversión, ¿á quién sucede él? El hecho mismo de que el genio hace repentinamente ilustre á una familia, hasta entonces obscura, niega la hipótesis de la reversión, puesto que la obscuridad es por sí misma la prueba de la ausencia del genio. Debe también observarse, que cuando el nacimiento de un niño perverso en una familia virtuosa se atribuye á la sucesión, la explicación es una mera conjetura, sin una sombra de prueba en su ayuda. Si el genio ha de atribuirse á la reversión, entonces, por analogía, debe argumentarse lo mismo respecto de los demás casos; pero como la presunción sea contraria á esta explicación en los casos en que es fácil probarlo, ninguna importancia debe dársela cuando sea casi imposible el verificar la prueba.

V. *La aparición de un niño vicioso en una familia virtuosa, y de un niño virtuoso en una familia depravada, está en contra de la teoría de que el Ego es atraido hacia aquellos que pueden proporcionarle un cuerpo y circunstancias adecuadas.*—A primera vista parece esta objeción de mucha fuerza; pero no tiene en cuenta el punto importantísimo de los lazos kármicos. La Filosofía Esotérica enseña que los futuros destinos del Ego están entrelazados por las relaciones surgidas entre ellos en cualquier vida terrestre. Amor y odio, beneficio ó daño, compañerismo en el bien y el mal, todo tiende á atraer juntos á los Egos á la tierra para el cumplimiento combinado de los efectos que han causado unidos. De aquí los odios repugnantes y desnaturalizados en este plano, odios que se ve existen algunas veces entre padres é hijos, hermanas y hermanos; odios tan inexplicables como malignos, que se distinguen con rasgos monstruosos de venganza por algún agravio no recordado, pero de efecto dominante.

De aquí también los lazos indisolubles que unen los corazones por cima de la distancia y del tiempo, lazos cuya fortaleza, sin causa en esta vida, señala un génesis más allá del vestíbulo del nacimiento.

Aquí tiene que concluir este tratado imperfecto de un tema demasiado vasto y profundo para una pluma tan débil como la mía. Este bosquejo no puede servir más que de introducción elemental á un estudio de uno de los problemas más transcendentales de la existencia humana; un estudio acaso más vital en nuestro presente estado de civilización que ningún otro á que pueda dedicarse la mente humana. La vida toda cambia de aspecto cuando la Reencarnación se convierte en una convicción arraigada y profunda por encima de toda discusión y argumento. Cada día de la vida no es más que una página en el gran drama de la existencia; cada pesar sólo es la sombra veloz de una nube pasajera; cada alegría simplemente el momentáneo rayo de sol reflejado por un espejo movible; cada muerte la mera mudanza de una casa arruinada. La fuerza de una juventud eterna principia lentamente á ingerirse en la vida que despierta; la calma de una inmensa serenidad se va madurando por cima de las movientes olas del pensamiento humano; la gloria radiante de la Inteligencia Inmortal atraviesa las nubes opacas y densas de la materia, y la Paz imperecedera, que nada puede agitar, derrama su blancura inmaculada sobre el espíritu triunfante. Pináculo tras pináculo de elevaciones espirituales se remontan en el eter sin límites, escalones que trepan el inconmensurable firmamento y se desvanecen en la distancia infinita que cubre lo Futuro, inmenso é inimaginable al espíritu mismo del hombre. Y entonces, cegado por el exceso de luz, envuelto en una esperanza demasiado profunda para ser alegre, demasiado cierta para ser triunfante, demasiado grande para ser pronunciada, el Hombre entra en la conciencia del TODO, para lo cual nuestra conciencia es como inconsciencia, hasta que la Eternidad resuene de nuevo con la llamada: SALID POR QUE EL DÍA DE BRAHMA ESTÁ AMANECIENDO Y LA NUEVA RUEDA PRINCIPIA Á GIRAR.

ANNIE BESANT, F. T. S.

BOSQUEJO

SOBRE LAS

CIENCIAS ORIENTAL Y OCCIDENTAL

(CONTINUACIÓN)

LAS CONDICIONES FÍSICAS DE LA VIDA

Ya conocemos las tres formas de la vida; ahora nos importa hacer una rápida enumeración de las condiciones exteriores, tales como calor, luz, etc., etc., indispensables á las manifestaciones de aquélla.

Calor.—Todos los fenómenos de la vida, todos los movimientos de la materia orgánica tienen su origen en la radiación solar. La radiación solar en forma de calor ó luz, es la condición esencial de la vida vegetal y animal. El calor en el fondo, no obra diferentemente sobre los organismos que sobre los cuerpos inertes, el mercurio por ejemplo; solamente que mientras en el mercurio, cuyas moléculas son todas idénticas, no produce más que una separación de esas mismas moléculas; una dilatación total consecutiva, en los organismos cuyas moléculas tienen propiedades químicas diferentes, produce, no solamente separación, sino que cambia las relaciones recíprocas, de modo que dan lugar á nuevas combinaciones químicas.

Cada fenómeno vital, bien se considere todo el organismo, ó cada uno de sus elementos ó tejidos, tiene un límite máximo y mínimo de temperatura, debajo ó por encima del cual la actividad vital no puede manifestarse.

La mayor parte de las plantas no empie-

zan á desarrollarse, sino cuando la temperatura se eleva á algunos grados por encima de cero, cent., y no pueden vivir cuando esa temperatura pasa durante algún tiempo de 50 cent. Hay naturalmente algunas excepciones conocidas, por ejemplo, los líquenes, que resisten heladas repetidas y excesivas; la *soldanella* alpina florece bajo la nieve, y el *Protococcus nivalis*, y algunas otras algas dan á la nieve ese color rojizo que se observa en las regiones más elevadas de Europa. Los animales tienen aún un campo de actividad más extenso. El hombre, sobre todo, puede resistir temperaturas extremas; ha llegado á permanecer varios minutos en estufas cuya temperatura era de 129°. Los tardígrados y los rotíferos pueden también soportar temperaturas que varían entre 98° y 125°. Lo mismo sucede á los gérmenes de bacterios. También se ha determinado experimentalmente los límites inferiores de enfriamiento de temperatura, compatibles con la vida. Se ha podido enfriar un conejo artificialmente hasta 20°, y animales invernantes hasta 4°, sin determinar la muerte. Pero hay más aún. Se citan muchos hechos de animales vueltos á la vida, después de una conjelación completa — esto se ha visto en sanguijuelas, sapos, ranas y serpientes.

Frisch ha llegado á someter á un frío de 87° (evaporación del ácido carbónico sólido), bacterios y bactericidios, sin por esto alterar su desarrollo ulterior.

Lo que acabamos de decir de los organismos en conjunto, se puede aplicar también á los tejidos y á los elementos que los componen, y á sus diversas funciones. Ahí también se encuentra un máximum y un mínimum que la vida no puede franquear. Así se explica que para determinadas especies vegetales, la formación del principio colorante de la clorofila, empieza á determinado grado; en otro la germinación, etc., etc.

Cada una de las fases de la vida vegetal, ocupa uno de los grados sucesivos de la escala termométrica. Para los animales es lo mismo. Los movimientos del protoplosma se detienen por un frío excesivo ó por una temperatura de 40° cent.

La irritabilidad muscular y la excitabilidad nerviosa se encuentran en igual caso, siendo muy fácil multiplicar los ejemplos.

Tenemos, pues, que la actividad vital no se desarrolla sino entre un máximo y un mínimo de temperatura. Aunque es imposible fijar una proporción exacta de la actividad vital y los grados de temperatura, se puede decir, sin embargo, que en tesis general, la intensidad de las acciones vitales crece hasta un máximo correspondiente de un aumento de temperatura determinado; y después empieza á decrecer la energía, hasta el momento en que cesa todo fenómeno vital, cuando la temperatura pasa también de cierto límite.

Luz.—La vida vegetal, vista bajo el punto de vista más general, está bajo la influencia directa de la luz. Bajo su influencia, las partes verdes de las plantas eliminan oxígeno, transforman el ácido carbónico, el agua, etcétera, etc., en combinaciones menos oxigenadas; y fabricando así las substancias orgánicas á expensas de las cuales viven las plantas parásitas sin clorofila (setas) y los animales herviboros; por lo tanto, se ve que directa ó indirectamente la vida vegetal ó animal, tiene su origen en la luz y calor solar. La influencia de la luz sobre las plantas, no se limita á la acción sobre la asimilación á que acabamos de referirnos. Ello es lo que salvo en los cotiledones de las coníferas, etcétera, etc., determina la formación de la clorofila, y hace aparecer el almidón en su interior.

La forma exterior de las plantas, el crecimiento de sus caldos, su estructura, el tamaño y espesor de las hojas, la sensibilidad y el movimiento (mimosa púdica), etcétera, están en relación íntima con la luz. En todos estos casos, como se ha visto para el calor, á cada fenómeno corresponde un grado determinado de intensidad luminosa; así se ve que la intensidad luminosa que parece suficiente para la formación de la clorofila, no es suficiente para determinar la formación del almidón.

En los animales, la influencia de la luz, aunque menos activa, no por eso deja de tener su importancia, haciéndose sentir tanto

en la totalidad del organismo, como en el tegumento externo, abstracción hecha de las sensaciones visuales, que más adelante estudiaremos. Todos los animales, casi sin excepción, aun los desprovistos de órganos visuales, son sensibles á la luz; y desde hace tiempo se ha observado que las hydras de agua dulce, que están privados de puntos oculares, cuando se les coloca en un recipiente iluminado solamente en determinado punto, se dirigen rápidamente hacia el lado luminoso. El calor del tegumento está en relación directa de la intensidad luminosa á que está sometido el animal. Vemos, por ejemplo, que en el hombre la pigmentación de la piel y aun de las partes profundas, aumentan por efecto de una permanencia prolongada á la luz. Los pájaros tropicales ofrecen una coloración más variada; y se ha observado que en muchos moluscos, la coloración depende de la profundidad en que viven, y, por consiguiente, de la mayor ó menor absorción de luz por el agua. Por ejemplo, los elatóbranquios, hasta una profundidad de tres brazas, tienen los colores más variados; á veinte brazas son el azul y el verde los que dominan; de 20 á 35 el púrpura; á mayor profundidad aún, el rojo y el amarillo; de 75 á 105, el rojo obscuro; en fin, á más de 200 brazas, ya no se encuentra sino el blanco mate.

Sin embargo, no debemos aceptar estas ideas en un sentido absoluto, puesto que se ha encontrado en el Mediterráneo, y á mil brazas, un *pectenopercularis* de magníficos colores. Las variaciones de color tantas veces citadas del camaleón, se explican por la contractilidad y sensibilidad á la luz de las celdas que contienen las granulaciones pigmentarias. Sin embargo, á la acción directa de la luz sobre los elementos pigmentarios, viene á unirse una acción indirecta de la luz por intermedio del órgano visual, como se comprueba en los pescados, los crustáceos y camaleones. El ilustre Ponchet, en sus curiosas observaciones, ha visto que los cambios de coloraciones que presentan los langostinos, langostas, etc., siguiendo la profundidad en que viven, no se producen desde el momento en que pierden los ojos; y el célebre P. Bert, ha demostrado que la pérdida de un ojo en el camaleón, hace que el lado correspondiente del cuerpo no experimente desde ese momento la acción de la luz, y, por consiguiente, no cambie más de color.

La luz parece también ejercer cierta influencia en el desarrollo y crecimiento de los animales. Echvards, en una serie muy curiosa de experimentos, ha visto los huevos de rana desarrollarse mucho más rápidamente á la luz que en la obscuridad; lo mismo sucede con los huevos de moscas, según Beclard.

La cantidad de ácido carbónico exhalado por las ranas en la obscuridad, es mucho menor que á la luz.

Aunque hasta el momento la influencia fisiológica de la exposición de la luz se ha estudiado poco científicamente, esta influencia no se puede negar hoy; y la acción directa del sol, así como á través de determinados vidrios de colores, ha sido altamente recomendado por notabilidades médicas, en el tratamiento de ciertas enfermedades.

El célebre Dr. Babbitt ha creado escuela, y hoy la cromopatia hace inmensos progresos, haciendo uso únicamente de la luz y los colores.

Pero es sobre todo en el órgano visual donde se demuestra toda la energía de la acción de la luz; por ejemplo, en los animales que viven en la obscuridad completa, en las cavernas subterráneas de la Carniola y el Tirol, faltan completamente los órganos visuales, ó son del todo rudimentarios. Un ejemplo curioso de la influencia de la luz en el desarrollo del ojo, se encuentra en el crustáceo marino, *Ethusa granulata;* en la superficie del mar tiene órganos visuales bien conformados; entre 100 y 370 brazas, los ojos van aún colocados en un pedúnculo móvil, reemplazado después por una masa calcárea redonda; y, por último, entre 500 y 700 brazas, el pedúnculo se transforma en un apéndice puntiagudo.

No debe olvidarse que en los animales nocturnos, la retina tiene una estructura particular.

En la acción de la luz sobre los seres vi-

vientes, todos los rayos del espectro no tienen la misma influencia. Los rayos rojos y amarillos, por ejemplo, son los que determinan la formación de la clorofila y la eliminación de oxígeno por las partes verdes, así como los azules y violetas, el crecimiento de las hojas.

La falta de tiempo no me permite hoy extenderme más sobre este asunto interesante; pero en una de nuestras próximas conferencias, nos ocuparemos con toda extensión de esta importantísima cuestión de los colores y la luz.

ELECTRICIDAD ATMOSFÉRICA

El estado eléctrico de la atmósfera y el suelo varía continuamente, y los seres vivos están siempre expuestos á las variaciones, sufriendo sus efectos; pero las observaciones faltan casi completamente sobre este punto. Aunque se ha estudiado la acción de las corrientes y descargas eléctricas sobre las contracciones del protoplasma animal y vegetal, sobre los movimientos de la sensitiva y de algunas otras plantas, la excitación eléctrica sobre los músculos y los nervios, sin embargo, no se ha podido llegar á coordinar todas estas investigaciones, para poder llegar á conclusiones generales.

En estos últimos tiempos se han hecho, sin embargo, algunos trabajos interesantes sobre el tabaco, el maíz gigante y el trigo, que demuestran que las plantas sustraídas á la electricidad atmosférica, elaboraban 50 ó 60 por 100 menos de materia viva.

Los hechos de *metaloterapia* observados por Burk y comprobados por los fisiólogos, vienen á probar, que débiles tensiones eléctricas ejercen acción especial sobre los organismos animales.

Nada digo hoy sobre la pesantez que todos conocen, y de la que ya creo haberme ocupado en otra conferencia; por consiguiente, concluyo dejando para la próxima reunión este punto:

El hombre y el lugar que ocupa en la Naturaleza.

FORMAS DE LA VIDA

La actividad vital no presenta la misma energía en todos los organismos. A medida que nos elevamos en la serie de los seres, vemos que la vida, de *latente* que es en la semilla, se desprende gradualmente en la planta, que se hace cada vez más independiente de las condiciones exteriores que la sujetan, llegando, por último, á adquirir en los animales superiores un máximo de intensidad y una independencia relativa. Bajo este punto de vista, y no olvidando que la vida pasa de una forma á otra por medio de transiciones insensibles, se pueden admitir tres formas principales de vida: *vida latente, vida oscilante* y *vida constante.*

Vida latente.—La semilla nos ofrece un ejemplo de esta primera condición de vida. La vida existe efectivamente; virtualmente en la semilla es potencial, pero no se manifiesta. Mientras la semilla no se encuentre expuesta á determinadas condiciones de calor, humedad, etc., permanece en el mismo estado que un cuerpo inanimado, una piedra, por ejemplo. Es una especie de estado indiferente, que no es ni la vida ni la muerte. Este estado puede mantenerse durante meses, años, y aun siglos, sin que la semilla pierda sus cualidades y aptitudes para vivir, desarrollarse y germinar. Hay pruebas evidentes de ello. Los fermentos, particularmente los de la levadura de la cerveza, presentan los fenómenos de vida latente con gran intensidad, presentando en ese estado una gran suma de resistencia á los agentes exteriores. Se ha visto levadura de cerveza, conservada en alcohol absoluto durante dos años y medio, producir al cabo de este tiempo, la fermentación alcohólica.

En los animales los ejemplos de vida latente no son raros, y quizás sean más ansiosos aún que en las plantas. Sobre todo se observa en los infusorios, pero se observan también en escalas más elevadas de la vida animal. Entre las infusiones han sido particularmente estudiadas los *colpodos.* Son estos infusorios ciliados provistos de una boca, de un saco estomacal y de un estómago. Cuan-

do se les observa en una infusión, se les ve al cabo de cierto tiempo Quistosos, inmovilizándose completamente en sus Quistes. En el estado de Quistes, pueden secarse y conservarse indefinidamente, pudiendo volver á la vida activa desde el momento que se les humedece con un poco de agua. Los anguilulos del trigo ofrecen la misma particularidad. Spallansani los ha secado y vuelto á la vida más de diez y seis veces. Algunos han sido conservados secos durante más de veinte y cinco años, sin perder sus aptitudes ó posibilidades para vivir. Los *rotíferos* han sido también objeto de numerosas experiencias; tienen estos animales un milímetro de largo y pertenecen á la clase de gusanos que viven en las verdosidades que cubren los techos de las casas; cuando les falta la humedad se secan y permanecen inertes hasta que la humedad los vuelve á la vida activa. Los *tardígrados* aracnidos, que viven en las mismas condiciones que los rotíferos, tienen un organismo muy complicado, pues poseen todo un sistema muscular y nervioso, y órganos digestivos completamente desarrollados.

La condición esencial para el mantenimiento de la vida latente, es la desecación del organismo, desecación que no llega, sin embargo, hasta quedar la semilla completamente privada de humedad; pues ésta tiene siempre cierta cantidad de agua. Ciertos hechos parecen, sin embargo, contradecir esta aserción: por ejemplo, se ha podido hacer germinar granos después de estar mucho tiempo enterrados ó sumergidos en el agua; pero en este caso, es probable que una causa no determinada, un tegumento protector haya impedido al agua penetrar en el interior de la semilla.

Vida oscilante.—En la vida oscilante la actividad vital no desaparece del todo, como en la vida latente; no hace sino debilitarse y retardarse; este retardo está siempre en relación con las condiciones externas á que está sometido el organismo. Por eso es que en invierno las plantas ofrecen una especie de abotargamiento, durante el cual los fenómenos de nutrición y crecimiento se reducen á un mínimum.

Estos hechos de ivernación vegetal, tienen sus análogos en algunos animales. Muchos de ellos ofrecen esas alternativas de reposo y actividad funcional — ejemplos de ello tenemos en la *marmota, el erizo*, etcétera. También se observa lo mismo en un gran número de invertebrados, moluscos, insectos, aracnidos, etc., que bien sea en un estado de larva ó no, se entierran ellos mismos, por decirlo así, en la estación fría, en la tierra ó el lodo. Por otro lado, muchos animales entran en un estado parecido al de invernación; tales son los osos, ranas, etc. La faz de inactividad funcional no corresponde siempre á la estación fría. En ciertas regiones, en lugar de invernación, ocurre una verdadera estivación, bajo la acción del calor y la sequedad. En los países más cálidos de la costa occidental de Africa, se ve á los *gasterópedos* esconderse bajo tierra durante el verano, y cerrar el orificio de la concha completamente; este sueño prolongado se ve también en los anfibios, serpientes, pez durmiente, etc. Lo mismo que el sueño estival, el sueño diario puede atribuirse á fenómenos de la vida oscilante. Sabido es por demás el hecho conocido con el nombre de *sueño de las plantas*. Muchas son las hojas y flores (*mimosas, datura ceratecanla,* etc.) que se recogen con el crepúsculo y se abren con la aurora. Aunque probablemente estos fenómenos sean debidos á diferencias de tensión de los tejidos vegetales, bien se pueden comparar con aquellos más visibles del reino animal. La noche disminuye, en tésis general, en casi todos los seres, la actividad de las funciones, los sume en ese estado de sopor relativo que constituye el sueño. Hay, sin embargo, numerosas excepciones; para toda una clase de animales nocturnos, el período de reposo corresponde al día, el período de actividad á la noche. Lo mismo sucede á muchas plantas, cuyas flores permanecen cerradas de día para abrirse y esparcir su aroma de noche.

Vida libre ó constante.—Esta vida es la característica de los animales superiores y especialmente de los animales de sangre caliente. En éstos aparece la vida menos sometida á la

influencia de los agentes cósmicos; el organismo se hace independiente del medio que le rodea; su temperatura propia, la cantidad de agua que contiene, su composición no varían sino dentro de límites reducidos que no alteran la marcha de sus funciones; en una palabra: el organismo está constituido de modo que las variaciones del medio externo no puedan ejercer influencia decisiva, salvo excepciones determinadas. Dice C. Bernard, que entre los elementos del organismo y el medio externo, en medio del cual está sumido, se encuentra un *medio interior*, la sangre que sirve de intermediario entre los dos. Gracias á este medio interno, el organismo no experimenta tanto los cambios perpetuos del medio cósmico, no lo encadenan, por decirlo así, y se encuentra libre é independiente. Pero no olvidemos que esta independencia no es sino relativa, y que en esto se ve la confirmación de la gran ley de evolución que une los organismos superiores, y el hombre mismo, á los seres más ínfimos. En efecto; es fácil reconocer en la evolución biológica del hombre las tres formas de la vida que, aunque muy superficialmente, acabamos de enumerar.

Al principio, y cuando el óvulo se ha desprendido de la versícula de Graaf, está en realidad en el estado de vida latente, tal cual se encuentra en la semilla; no ocurre ningún fenómeno vital, no cambia de volumen, permanece aislado é independiente, hasta que recibe la impregnación de las celdas llamadas espermatozoides, y viene entonces á clavarse, por decirlo así, en el organismo materno; y el estado de vida latente del óvulo puede prolongarse hasta diez días, y aún más, como ya se ha visto. La vida oscilante se encuentra en las alternativas de disminución y aumento de la actividad vital que corresponde á las variaciones de temperatura y de luz de los días y las noches. Se observa aún de una manera más notable, si en lugar de considerar el organismo humano en su totalidad, se detiene uno en los elementos que lo componen. La vida de la mayor parte de los elementos anatómicos, nervios, músculos, etcétera, etc., consiste realmente en una sucesión sin fin de fases contrarias, en una alternativa perpetua de la actividad al reposo y de éste á la actividad.

Dr. Bernardo de TOLEDO.

(Se continuará.)

QUIEN SIEMBRA RECOGE

(CONTINUACIÓN).

CAPITULO IV

LA MEMORIA DE LA TIERRA

Confusa, al despertar de su sopor profundo, Mrs. Barlowe, se disponía á emprenderla á chillidos, con el sentimiento vago de que algo terrible y funesto había ocurrido. Pero la vista de la realidad paralizó su lengua. Un sentimiento extraño é inexplicable de fuerza me sostuvo firme; me sentía dueño de la situación. Logré imponer á Mrs. Barlowe la necesidad de mantenerse tranquila, y pareció obedecerme como un niño. Llamé á los criados, y Grace fué conducida á su habitación, seguida de los sollozos de Mrs. Barlowe. Coloqué á Ravenshawe en un sofá, le desabroché el cuello, le mojé la cabeza con agua fría, y encargando á su criado indio que le abanicase, me fuí en busca de Mrs. Barlowe.

El Bungalow de Mrs. Barlowe no estaba lejos, como he dicho antes; y como la luna no se había puesto todavía, fuí sólo, á fin de evitar una alarma innecesaria. El camino discurría á través de grandes pinos, por entre los cuales penetraban los rayos oblicuos de la luna, á manera de dardos de plata. Pero estaba mi mente en exceso dominada y oprimida por los incidentes de la noche, para hacer otra cosa más que dirigir una mirada pasa-

jera á la comunión silenciosa de los cielos y la tierra, lo cual, en otras ocasiones, me habría inspirado pensamientos bien distintos. Ante aquella imagen pavorosa; ante la cara de Ralph, lívida de horror; ante la dulce actitud de Grace, desfallecida, todo pensamiento quedaba aniquilado por completo. Olvidado enteramente de todo cuanto no fuera esto, penetré en la masa viviente de pinos. A alguna distancia de mí permanecía la elevada figura de un hombre vestido de blanco. No parecía sino que la luz reposada de la luna se hubiese cristalizado en una forma humana. Me aproximé á ella y quedé sorprendido al reconoçer á mi preceptor Brahmánico.

—Bien, Punditji—dije, después de haberle saludado;—¿á qué buena fortuna debemos vuestra visita?

—En esta ocasión debieras más bien procurar saber, que dirigir semejantes preguntas. ¿Recuerdas cuando devorada tu lancha de vapor por las aguas furiosas del Krishna, te lanzaste en lo que tu creias las garras de la muerte con el *Bhagavad-gita* en la mano? ¿Recuerdas lo que digiste cuando tu cuerpo exánime volvió á la vida, sobre un lecho de cañas y juncos en la orilla? ¿Has olvidado tu promesa?

—No—dije casi avergonzado de mí mismo.—Prometí no sorprenderme jamás; prometí no hacer nunca preguntas. Pero si vos, Señor, queréis fijaros un poco, veréis que mi pregunta sólo lo es en la forma, pero no en el fondo.

—¡Ah! mi buen amigo—replicó el Brahman venerable, en excelente inglés;—siempre he dicho yo que el hijo de un inglés es un gran lógico, y que hasta disputaría con el Rey Yama en su lecho de muerte. Pero basta ya de esto. Has sentido la primera vuelta de la rueda de Karma. Tu Ralph Ravenshawe, aunque vivo, está más que muerto. La locura ha sustituído en él á la razón. Pero déjale sólo con su Karma, y óyeme ahora. La muchacha inglesa es una extraña criatura; no suelen nacer muchas como ella. Debes velar junto á su lecho y esperarme allí á la vela tercera de la noche.

Después de haberme dado precipitadamente algunas instrucciones, la forma se fundió en la luz de la luna. Por extraordinario que parezca el incidente al lector, no lo era para mí en modo alguno. Durante el curso de mi instrucción, bajo mi venerado maestro, había aprendido la suficiente psicología práctica, para comprender el poder misterioso que poseen naturalmente algunas personas, constituídas de un modo anormal, y que otras adquieren mediante larga, laboriosa y peculiar educación que les permite separar temporalmente el alma del cuerpo y proyectarla á voluntad á cualquier parte del globo. Cuando el incidente del río Krishna, al cual el místico se refería, fué la vez primera que recibí una demostración práctica de lo que sólo había estudiado antes y teóricamente en obras sanscritas, cuyos títulos son en exceso extraños para oídos ingleses.

Encontré á Mrs. Barlowe sentado en su mesa de despacho con una montaña de libros y papeles delante de sí. Le conté en pocas palabras lo que había ocurrido. Dió un salto en su silla con un vigor que su corpulencia no autorizaba á esperar, y vino á mi lado junto á la mesa.

—¡Qué!—dijo—¡más complicaciones! Aquí, Madhn; le mandaré en el acto á buscar al médico. Pero usted, St. Clair, sabe lo suficiente de medicina para ser útil por el momento. ¿Ravenshawe, está muerto? ¡Oh, Grace, pobre muchacha!

—No; pero su vida será una muerte: será la existencia horrible de un maniático. ¡Ojalá repose su alma en paz! Miss Stanley se encuentra en un estado muy crítico.

—Y usted ha venido á decírmelo. Por los cielos, márchese usted á cuidarla. Parecía usted más solícito por aquel animal de cooli que tenía el cólera; ¿lo recuerda usted? Abandonó usted en seguida la persecución de los cerdos para ir á verle, y por Grace no mueve usted ahora ni el dedo meñique. Sobre su conciencia de usted pesará un doble asesinato. Porque yo se lo digo á usted; Mrs. Barlowe no sobrevivirá á la pérdida de Grace. Ande usted, corra á ella á hacer algo.

—Lo mejor que puede hacerse ahora por Miss Stanley, es dejarla sola un rato. Iré á

verla después. Entre la *ayah* (1) y yo, la velaremos esta noche hasta que el Dr. Christopher llegue. Si manda usted por él en seguida, me atrevo á decir que antes del amanecer estará aquí. ¿Pero en dónde está el médico de la plantación?

—Se ha marchado con siete días de licencia: debemos telegrafiarle. Pero, como usted sabe, es bueno para coolíes, pero no para Grace.

—Calma, Barlowe—le dije.—Yo haré todo cuanto tenga que hacerse. Pero debe usted procurar llevarse á Mrs. Barlowe. Ella sólo logrará enfermar con su excitación: la *ayah* y yo haremos todo cuanto sea necesario.

Media hora después estaba yo en la habitación de Grace Stanley, de la cual Mrs. Barlowe había sido literalmente arrancada. La *ayah* se echó en una cama improvisada fuera del cuarto, á fin de estar dispuesta si se la necesitaba, y yo me quedé al lado de Grace, cuyo pulso era débil é irregular. Pensé en Ralph, que peor que muerto, permanecía en la otra habitación; pensé en el pasado; pensé en lo extraño de los acontecimientos que se habían sucedido unos á otros con rapidez vertiginosa, llevando la desolación á todas partes; fijé mis ojos en la forma inconsciente de Grace Stanley; la flor arrancada parecía marchitarse ya. La luna iluminaba su faz incolora; y con sus labios marchitos, que descubrían dientes blanquísimos, y sus brazos entrelazados, parecía un habitante de la región de los sueños. ¡Ah! Maestro, venciste: la vida es tan sólo un sueño. El sueño de Brahmâ es el día del hombre. Grace suspiró profundamente, y abrió sus grandes y obscuros ojos, en los que se pintaban la turbación y el extravío; no pareció reconocer nada; y como si la lucha mental entablada para amoldar la inteligencia á cuanto la rodeaba, la oprimiese, cerrólos de nuevo con débil gemido, y á lo largo de sus mejillas corrieron algunas lágrimas. Me animé con las señales de que volvía á la conciencia, y me apresuré á darle alguna medicina. Pero al tocar la botella que la contenía, y que estaba en una mesa pequeña colocada al lado de la cama, recibí un enérgico choque como el producido por una batería eléctrica poderosa, y en el mismo momento ví el cuerpo astral del Punditji en el centro de la habitación. Me mantuve perfectamente inmóvil, mientras él miraba hacia la puerta en silencio. Se aproximó á mí lentamente, y señalando á Grace, dijo:

—Está despierta, pero no tiene la fuerza suficiente para hablar. Coloca tus manos sobre su frente.

Hice lo que se me decía, y Grace suspiró larga y profundamente. Con impulso súbito, sentóse en la cama, su cabello en desorden, los ojos fijos en un objeto invisible. El Punditji me previno en voz baja que no hablase ni me moviese sin que me lo indicase. Me senté y permanecí inmóvil en mi silla.

— Yo veo á Ralph — exclamó Grace.— Él no me ve; está en un espléndido salón de baile, entre una porción de hombres y mujeres elegantes. Ralph es el más bello de esta reunión de hombres hermosos. Se une á una morena preciosa, la reina entre las mujeres que allí hay. Rompe la música en oleadas encantadoras que provocan al baile. Yo no puedo distinguir la cara de su compañera. Una nube espesa la envuelve. Ralph y la morena son arrebatados por las olas de armonía. ¡Ah! ¡Qué pensamientos no expresados irradian de ella, asumiendo la forma de culebras luminosas y transparentes que se retuercen y se enroscan en torno de él! Ahora se lanzan á sus ojos y se enroscan alrededor de su cerebro y de su corazón, anillo tras anillo. ¡Ah! otra se precipita á sus labios, y á manera de un hilo ténue de humo, penetra en aquellos lugares brillantes de su corazón, y los ofusca. Hay otra también que, como vapor de algún veneno sutil, se hunde en los huesos de sus dedos, y á manera de un rayo, circula al través de todas las fibras de su cuerpo. Con impotente violencia, lánzase la sangre en tumulto por sus venas y arterias. ¡Ay! no puede apagar el fuego que, despidiendo humo gris, arde por todo su cuerpo. El hilo argentino de la voluntad que le mantiene unido á su hermosa alma, pende

(1) Doncella de servicio en la India.—*N. del T.*

desprendido. Él tiembla. ¡Quién pudiese estar contigo y derramar en lágrimas mi corazón y mi alma para salvarte del incendio! Su cuerpo robusto tiembla con el terremoto violento que pone en convulsión su naturaleza entera. Se ha marchado. No lo veo ya.

El Punditji me indicó en silencio que pusiera mis manos sobre su cabeza.

— Gracias — dijo Grace, cuando hube separado mis manos. — Sí, él está allí; la mujer sentada á su lado con toda la languidez voluptuosa de la fatiga. Habla con él, pero aunque no puedo oir lo que dice, veo el torbellino psíquico de la pasión. Siento como su área de succión se extiende. Veo á muchos que inocente é inconscientemente están en los bordes, sentirse atraídos con fuerza creciente por remolinos menores que proceden del vórtice original de Ralph y la morena. Ésta vuelve la cara; la densa nube que la envolvía se aclara, se hace transparente. Desaparece. ¡Cielos!, es *élla*.

Grace Stanley cayó sobre la almohada, como herida por un rayo. Por indicación del Maestro puse de nuevo mis manos sobre su cabeza, y volvió á la vida; trató de levantarla, pero sin lograrlo. Quité las almohadas, obedeciendo á la orden silenciosa del místico Brahmánico, y entonces quedó tendida por completo en el lecho.

—Es una casa de campo muy linda. La luna, como la esperanza en un corazón desesperado, se rompe en un millar de fragmentos sobre la trémula superficie del lago. ¡Qué hermosos son los árboles que afectuosamente se inclinan sobre el edificio! Ralph está apoyado en un árbol, trazando con su bastón figuras sobre la tierra. Los macizos de jazmines y las enredaderas se mueven suavemente, y la sombra de una forma humana aparece á distancia. Es élla. Ralph la abraza. Se sientan bajo el verandah en un banco rústico. Una mano de élla en torno del cuello de Ralph; la otra abandonada entre las de éste. Su cabeza desciende poco á poco hasta ponerse en el hombro de Ralph. ¡Oh! Otra vez las serpientes se retuercen y se lanzan inflamadas de labios, ojos, fosas nasales y puntas de los dedos de ambos amantes.

—¿Quién es aquel viejo que, revólver en mano, está en pie delante de ellos? Ella se levanta bruscamente. Ralph se echa á un lado. Del cañón del arma mortífera sale humo. Ralph agarra por el cuello al anciano. Ella oculta la cara con sus manos. Los dos hombres luchan jadeantes. El anciano cae: está muerto. Ralph levanta en sus brazos el cuerpo sin vida. ¡Cuán fría es el agua del lago! Muchos quisieran dormir en ella, pero no por cierto el que á ella va. Sus ojos, á pesar de que los años les han arrabatado el fuego, no habían contemplado todavía bastante aquella hermosa forma que permanecía á su lado cuando su espíritu se lanzó al espacio en medio de la agonía, consumido por el odio. Pero ella vió en el alma del anciano la sonrisa triste y compasiva, cuando la lucha postrera por la vida cesó, para dar paso á la paz de la muerte. Grace se detuvo, aparentemente sin vida. Coloqué sobre élla mis manos, suspiró débilmente, soplé sobre ella, abrió los ojos, y dijo:

—Su hijo ha nacido. La misma casa de campo. Otra vez Ralph y élla. Ralph lleno de remordimientos, sombrío y silencioso. Ella es una Medusa, que con su mirada le petrifica. Oprime el niño contra su seno. El vuelve la cara al contemplar en su faz una mirada que no es de la tierra. De repente lanza con violencia el niño al lago, y cae muerta á los pies de Ralph.

—La Némesis está formada por el amor de aquella mujer transformado en odio, asesinato, traición, remordimiento y lujuria, que se combinan para darle nacimiento. Se alimenta y crece á expensas de la fuerza vital no agotada de esta mujer miserable. En donde él pone su pie, coloca élla también los suyos. El Karma de Ravenshawe sigue sus huellas con fría y fatal pertinacia. Come con él, juega con él, y mientras él duerme, vela. Jamás, ni por un solo momento, se cierran los ojos de aquel Karma; Karma al cual ha sido concedida una forma por el alma caída y miserable de élla, de ella, que por él quebrantó el lazo del matrimonio, cuya mano furiosa aplastó la flor inocente del árbol del crimen, y cuyo corazón, lleno hasta no po-

der más, estalló á pedazos ante la irresistible tensión de fuerzas acumuladas.

Grace Stanley pareció fijar sus grandes ojos como si quisiera reconocer algún objeto en medio de tinieblas profundas. El esfuerzo era en exceso grande para élla, y su energía vital casi agotada, tenía que ser restablecida mediante un esfuerzo artificial para que pudiese continuar. En pocos segundos una tranquilidad inexplicable descendió sobre ella. Cerró sus ojos con el sosiego perfecto del niño de un mes. Su voz pareció vibrar con armonía extraña, y pronto cambió de tal modo, se sublimó de una manera tal, que era ya tan sólo el recuerdo de su antigua personalidad. Hablaba, y el sonido de sus palabras era claro, vibrante, argentino, como el del cristal más puro.

—Los hilos de ambas vidas—continuó—están en exceso enredados para que se les pueda separar fácilmente. Ralph se movió con gran rapidez hacia una parte de la órbita de su vida, que hubiera destruído el poder de la criatura miserable y medio muerta, la ejecutora de la Ley de Karma, gracias á la influencia de otras fuerzas que yacen en él dormidas. Pero el esfuerzo fué excesivo. La vida de Ralph no era lo suficientemente fuerte para resistir al choque de reacción. Su amor hacia mí no logró quebrantar las cadenas del remordimiento que le mantenían atado á su culpa y á su crimen.

—La Razón, la vía-láctea para la comunión del alma con la vida externa, está por completo quebrantada. Pero mi amor es bastante á reconstruirla de nuevo. Yo sé que debe ser así, y que la Ley de Karma lo ordenará. Ahora lo veo. Veo cómo el pasado se transforma en el presente; pero no puedo decirlo. Por amor perdí mi vida pasada; por el amor sacrificaré la presente: así conviene que suceda. Veo mi alma tendiendo el vuelo á través de nubes de oro.

Con una sonrisa cuya radiación argentina transformó todo el ser de la extraña doncella, quedó sumida en un estado de calma que desafiaba toda descripción. Los primeros albores de la aurora comenzaban á disputar el campo al resplandor más suave del cielo nocturno, del cual la luna había ya desaparecido, y el gorjeo de los pájaros anunciando el despertar del día, se oía fuera de la ventana que había abierto yo, á fin de que la frescura del aire matutino penetrase.

—Levántate—dijo mi venerado preceptor—el doctor viene;—y mientras contemplaba las facciones transfiguradas de la hermosa Grace Stanley, me hizo algunas advertencias, y me hizo salir del cuarto de la enferma.

(Continuará). M, M. C.

El Simbolismo de la Cruz

I

En el ciclo presente, en que los símbolos que representaban esotéricos y elevados conceptos, no ya sólo se han convertido en atributos fálicos, sino que la vanidad humana los ostenta como distintivos de sus pasiones, se hace necesaria su explicación, para que sea comprendido su verdadero origen y significado.

La cruz, uno de los más conocidos, el cual es peculiar á la cuarta raza (1) y, por consiguiente, sólo desaparecerá con los recuerdos de ésta; la cruz, cuyo esoterismo ha sufrido los rigores que por sí misma enseña á los hombres, es de entre todos los signos esotéricos aquél de cuyo uso más se abusa, y cuyo significado, eminentemente oculto, se desconoce por completo.

Desde los primeros siglos del Cristianismo, muy pocos son los que han descifrado este signo; y si alguna vez intentaron hablar de él á las gentes, su voz fué ahogada por el exoterismo dogmático, el cual se bastardeaba

(1) H. P. Blavatsky: *Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 5

más y más, conforme crecían en fuerza y poderío sus sectarios. De aquí nació el esclusivismo y la ficticia invención del símbolo de la Cruz.

Nadie que haya leído el proemio de la *Doctrina Secreta*, dudará de la idea que representa, ni de su remota antigüedad, y aún sin haber leído esta obra, ¿quién pondrá en tela de juicio la antigüedad de la Cruz?

Hoy se disputan varias sectas Cristianas su uso exclusivo, sin que ninguna pueda probar que la cruz tuvo con ella su origen. Ninguna carece de un salvador crucificado; pero tampoco hay una sola que sepa leer con la clave que descorre el velo que oculta la verdad, porque esta clave la han perdido, y para encontrarla, tendrían que humillar su frente matando sus vanidades y abrazando á sus hermanos.

Los hombres son ángeles caídos, y por eso ostentan la cruz, símbolo de la crucifixión del espíritu en la materia, sin que su orgullo les deje ver la verdad que aquélla en sí encierra, y la cual es la clave para su redención.

Los *Mânasa Dhyânis* (1) descendieron y encarnaron en las formas semietéreas hacia la mitad de la tercera raza. Estos *Mânasa*, efluvios de Mahat, la mente Kósmica, hubieron de descender sobre la tierra, donde durante grandes períodos de tiempo se habían estado construyendo sus moradas; *los vestidos de pieles*. Estas mentes se bastardearon al contacto de la materia, y el hombre, ser heterogéneo, se apropió aquellos atributos elevados para satisfacer sus pasiónes, perdiendo de este modo el concepto de su libertad anterior.

De este modo, la mente positiva descendió al barro negativo, y se produjo esa nueva entidad, el hombre actual; y como esta tradición es una de las tantas bases sobre que descansa el edificio de cada una de las Religiones, será imposible encontrar una de éstas que no conozca entre sus símbolos á la Cruz (2), y aun cuando en alguna parte se quisiera suponer una secta sin la Cruz, sería imposible, porque habiendo allí hombres, éstos impondrían su signo distintivo, el correspondiente á la cuarta Raza Raíz; esto es; un círculo con una cruz inscrita (⊕).

Estos hechos hablan en pro de la antigüedad arcaica de este signo, y debido á ellos conocen los Teosofistas que éste es tan antiguo como el hombre — la mente encarnada.

Debido á una torcida interpretación de las ideas representadas, los signos fueron empleados fálicamente; y por esto los crucifijos anteriores al Cristianismo, que evidentemente representan á Crishna crucificado (1), encierran toda la parte superior de la cruz dentro de un anillo ó círculo, al que hoy llaman los Orientalistas, *Yoni*, nombre fálico; así como también la corona que ostentan Crishna y Cristo Jesús, equivale al citado círculo. Esto es un error grandísimo, cometido por el exoterismo, porque el círculo no es un *Yoni*, y para nosotros bástenos saber por ahora que el símbolo femenino es el diámetro ó crucero horizontal.

El distintivo de la cuarta raza al irse alterando, tanto en su parte gráfica como en las ideas que representaba, dió origen á los signos de Venus ♀ y la cruz ansata ☥, este último el símbolo de vida entre los Egipcios; pero todos ellos eminentemente fálicos.

Es sencillo y á la par difícil el formarse idea de cómo degeneró la tradición para convertir todo esto en falicismo. Digo que es sencillo, porque no hay lugar á duda sobre el proceso que ha de seguir una idea para desvanecerse parcial ó totalmente en la mente de los hombres, al través de muchísimas generaciones; y advierto que es difícil, porque creo necesario explicar este mismo proceso, descendiendo á algunos detalles, para que así sea más inteligible lo que diré después.

He aquí esta decadencia, que á la vez forma la página arcaica de la historia de la cruz, y que yo reconstituyo con arreglo á la *Doctrina Secreta*.

(1) H. P. B.: *Doctrina Secreta*, vol. II.

(2) Respecto á los mahometanos, ya se verá cómo la conocieron en sus primeros tiempos.

(1) Lundy; *Monumental Christianity*, pág. 160.

Si acudimos al proemio de dicha obra, observamos que el Kosmos en el último Pralaya, ó período de reposo, es representado en los manuscritos arcaicos por un círculo O. Mas como allí mismo se nos explica, á todo período de reposo sigue un período de actividad, ó Manvántara, al comienzo del cual hubo una aurora ó principio de manifestación, y esto es representado por el círculo ⊙ con un punto en el centro. Sigue á esto la primera manifestación de la naturaleza especialmente femenina, la cual fué representada por el círculo ⊖ con el diámetro horizontal. Aquí he de hacer observar que esta figura comprende en el simbolismo arcaico, el período transcurrido desde que la mónada habitó en el primer globo de nuestra cadena planetaria por primera vez, hasta el final de la primera Raza raíz de nuestra tierra. La segunda raza tuvo por símbolo la cruz inscrita en el círculo ⊕, el cual implica el panteísmo más puro, así como la potencialidad andrógena. En la tercera raza se descendió aun más en el proceso del microcosmos, perdiéndose, en parte, la noción de la *Unidad*, con lo cual sufre una gran alteración la idea del panteísmo verdadero, del que es hoy un fiel reflejo el panteísmo oriental, y su signo ideográfico en su primera mitad fué la *tau* T, la letra más antigua. Este signo predomina en toda la tercera raza; pero es peculiar sólo á su segunda mitad el *Iod*, es decir, un círculo con su diámetro vertical ⦶, cuyo significado hace más patente la caída del manas en la materia, y como consecuencia la separación de sexos.

Si nos fijamos un poco, observaremos en esto el predominio de la potencia masculina sobre la naturaleza, como es evidente en la representación de la figura; lo cual debió acontecer, para que á pesar del atavismo que resultara de la madre, pudiera influir el padre en las formas físicas de los monstruos que procrearon; y esto nos da la clave de cómo influyó la hembra en la caída del hombre, simbolismo que encierra dos significados: el de la caída del rayo divino para iluminar el cerebro humano, y el descenso del ser humano hasta la animalidad.

La cuarta raza tiene por símbolo la cruz +, pero éste es dado como fálico, porque en aquel entonces, como ahora, muy pocos eran los que podían conocer la verdad, y ésta de alguna manera tenía que ser propalada entre las gentes. No se crea por esto que estas gentes estaban más atrasadas que nosotros, pues en la *Doctrina Secreta*, vol. I, págs. 210-211, se hace notar que el culto fálico, aunque es una decadencia del esoterismo, es muy superior al de hoy.

La quinta raza es la actual, y los signos que la corresponden son: el *sac-*, el símbolo de vida, ó sea la cruz ansata ☥ egipcia, el emblema de Venus ♀, la *tau* inscrita en el círculo ⦵ y la Svastica ⊕, martillo de Thor, ó cruz hermética, la que, sin el círculo, es también un signo fálico.

Todos estos signos, no son más que variedades de la cruz, y según se explican, la evolución en sus diversos aspectos, pero especialmente la humana. Lo que dejo expuesto respecto á las razas y símbolos, no es más que una explicación más clara del génesis en general, y por lo tanto, del génesis Mosaico.

Es notable el ver, que con los elementos ideográficos de los signos correspondientes á la primera raza y á las abstracciones del Kosmos, se forma el jeroglífico de la cruz y el círculo; y también lo es el que desde la segunda raza en adelante, todos los símbolos son variedades del círculo y la cruz.

Los ciclos en que la decadencia tuvo lugar son precisamente aquéllos en que no entra como elemento ideográfico el círculo, ó de hacerlo, no contiene la cruz, sino que es representado junto á ella. Las ideas que bajo estas formas se representan, son puramente fálicas, porque en estos ciclos, el hombre se iba apartando de la verdad, ó revelándose contra el Manas, según se considere, ya la separación del origen primero de manifestación, ó ya el descenso de la mente. En estos períodos recuperaba el predominio, lo ilusorio por medio de los sentidos, y por esto, no concibiéndose

conceptos superiores, se reverenciaba el origen mecánico de la vida.

Prueba esto, que en las más remotas edades, desconocidas hoy por la historia, se poseían las dos enseñanzas, la esotérica y la exotérica, que encierran el signo de la cruz.

Nos dará una idea del concepto que á los antiguos merecía la cruz, atestiguando que este es fálico, la cita de Raoul-Rochette, en que nos dice que el símbolo de Venus ♀ «se empleaba para marcar los cuartos traseros de las yeguas en los famosos criaderos de caballos en Corinto y otros países» (1).

Por lo que va dicho, se ve que el comienzo de la decadencia hacia el falicismo grosero, tuvo lugar en la cuarta raza; no porque olvidara el hombre material los arcanos de la sabiduría, sino porque falta de experiencia su mente, y teniendo que evolucionar en la materia, debió caer en las costumbres animales, resultando su única aspiración lo sexual, en el sentido grosero, aun cuando no tanto como hoy; pero como estaban encargadas de guiar á esta humanidad entidades más avanzadas en conocimientos, á medida que se fué asimilando experiencias, le dieron á conocer verdades disfrazadas bajo el velo del falicismo. El progreso á través de los ciclos, juntamente con el dominio que alcanzaban los sentidos, obligó á los hombres á cerrar sus ojos y á no ver en el culto fálico más que la explicación de todo cuanto halagaba sus pasiones. Precisamente en ese momento fué cuando tuvo mayor preponderancia el falicismo; sólo aquellos cuyo desarrollo moral había persistido ó había progresado y que conservaban la ciencia esotérica, sabían leer en este culto la verdad, traspasando el velo de los templos. Por esto en aquellas edades las masas no se atrevían á descifrar los signos; daban á éstos significados muy opuestos á las ideas metafísicas y abstractas, que se presentaban y confundían con las funciones de la reproducción, las descripciones y signos de los cálculos astronómicos.

Ya entonces se dió á la cruz una falsa interpretación, quedando relegada á servir como emblema del culto que tanto se había extendido entre los hombres y los falsos sabios.

A nadie le debe ocurrir el dudar de la universalidad que alcanzó este signo; pues como probaré, no tan sólo quedan pruebas palpables de su existencia antes de la era cristiana, sino que la confusión de los que predican esta doctrina llegó á su máximum cuando, creyéndose los únicos poseedores de la cruz, encontraron en países remotos que allí también era adorada; y una de dos: ó allí eran cristianos, ó la cruz no era exclusiva del Cristo.

M. TREVIÑO

(1) Citado en la *Doctrina Secreta*, vol. II, pág. 546.

Reexpulsión de D. Alberto de Das (Conde de Das)

DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Aquellos de nuestros lectores que lo fueron de los *Estudios Teosóficos*, recordarán la expulsión de la Sociedad Teosófica del tristemente célebre Alberto de Das (Conde de Das, según se titulaba y era generalmente conocido) por decreto de la Comisión Ejecutiva de la Sección Europea de la Sociedad Teosófica, y que por orden de la misma fué publicado en todos los periódicos teosofistas, verificándolo los *Estudios Teosóficos* en el número 14, correspondiente al 7 de Septiembre de 1892.

Esta resolución tuvo origen en la expulsión de dicho sujeto de la Rama de la Sociedad Teosófica de Barcelona, determinación que sólo fué tomada después de agotados todos los recursos, todos los esfuerzos y energías para hacer entrar á este desgraciado en la

buena senda, empresa que estuvo á punto de hacer naufragar por completo á aquella Rama; tan grande fué la perturbación que en ella introdujo y los disgustos que proporcionó.

Comunicada esta determinación con todos sus antecedentes al Directorio, en Londres, aquella Superioridad, en vista de los hechos y de la conducta posterior de Das, resolvió su expulsión definitiva de la Sociedad, la cual fué oportunamente ratificada por el Presidente, Coronel Olcott, residente en Madras, India. Más tarde marchó á Buenos Aires el Sr. Das, después de sus aventuras en Bélgica que ocasionaron un escándalo monumental y que terminaron con su encarcelación primero y su expulsión del territorio luego, de cuyos hechos todos se ocupó enteramente la prensa. Según tenemos entendido, montó en la población mencionada, con capital ajeno, un establecimiento hipnoterápico metaloterápico, etc., análogo, sin duda, al que estableció en esta corte; y si á esto se hubiera limitado, mucho más le hubiera valido; pero probablemente le hacía falta dar un aspecto serio á sus pretendidos conocimientos ocultos (*sic*), y á su altruísmo y desinterés, al mismo tiempo que ligar más fuertemente á aquellos que le prestaron su apoyo, engañados por las apariencias, como lo han sido en toda España y otros países de Europa sus cientos de víctimas; y á este fin se le ocurrió la malhadada idea de fundar allí, con aquellas personas que de tan buena fe habían confiado en él, por cierto de las más respetables de aquella capital, una Rama de la Sociedad Teosófica, y adoptando un nombre supuesto, se dirigió al Presidente de la Sociedad, Coronel Olcott, y obtuvo los correspondientes diplomas primero, y la Carta Constitutiva después. Conseguido esto, escribió á varios teosofistas de Madrid y Barcelona, participando sus grandes éxitos y solicitando su apoyo y el olvido del pasado, cuya circunstancia fué motivo de que pudiese ser fácilmente evidenciada su identidad con el Das expulsado, cuando las indagaciones subsiguientes del Coronel Olcott en el asunto.

Hechas estas necesarias aclaraciones, publicamos á continuación la carta (traducida) que el Coronel Olcott dirige á los miembros de la Rama de Buenos Aires, y que nos ha sido enviada para su inserción, la cual esperamos bastará para hacer comprender á aquellos hermanos el engaño de que han sido víctimas, y á poner en guardia á las gentes de buena fe en aquel país, contra los manejos de este célebre caballero de industria.

Carta del Presidente de la Sociedad Teosófica.

ADYAR, MADRAS, 2 AGOSTO 1893.

A los Miembros de la Sociedad Teosófica de Buenos Aires

República Argentina.

HERMANOS Y AMIGOS: Penoso deber es para mí el tener que informaros de que la persona que al parecer ha constituído vuestro Grupo, aquella que usando un nombre falso obtuvo de mí una Carta Constitutiva para vuestra Rama local de nuestra Sociedad, es el mismo Alberto de Das, que en 9 de Setiembre del año anterior, fué públicamente expulsado de nuestra Sociedad, á causa de hechos deshonrosos, y que tiene una detestable reputación en España y otros países de Europa. Dirigiéndose á mí bajo el pseudónimo de Dr. A. Martínez, que según me dicen es el apellido de su señora, y demostrando los más nobles sentimientos, me engañó haciéndome creer que era una persona distinta del señor Das, cuya expulsión acababa de ratificar y de anunciar en el núm. 92 del *Theosophist*, correspondiente á Noviembre de aquel año. No sólo no tenía sospecha alguna de él, sino que al leer los nombres respetables de sus asociados de Buenos Aires, sentí la más viva satisfacción, al ver que nuestra propaganda teosófica había empezado en la América del Sur, bajo auspicios tan escepcionalmente favorables.

Pero cuando las fórmulas usuales de adhesión y la petición de la Carta Constitutiva me fueron remitidas y observé que el nombre Das había sido añadido al de Martínez, envié todos vuestros documentos á nuestro digno

colega español, Sr. D. José Xifré, de Madrid, para su examen, y acabo de recibir de dicho señor y de Mr. G. R. S. Mead., Secretario General de nuestra Sección Europea, la prueba primitiva de la identidad del Martínez de Buenos Aires con el Das que había sido expulsado de nuestra Rama española.

Dadas estas circunstancias, estoy en el deber de adoptar las siguientes resoluciones:

1.° La reexpulsión de Das será anunciada, y advertido el público acerca de esta persona.

2.° Queda por ésta cancelado su diploma y ordenada su devolución juntamente con el de su señora, si es que ha tomado parte en esta mistificación, cuya circunstancia os encomiendo me indiquéis.

3.° Tendréis á bien reuniros con el fin de reorganizar vuestra Rama, eligiendo nuevos dignatarios y poniendo públicamente de manifiesto al Sr. Das. Su nombre deberá ser borrado de la Carta Constitutiva, ó bien debe serme ésta devuelta para su reexpedición.

4.° En caso de que algunos miembros prefiriesen seguir á Das, deberán devolver sus diplomas para su cancelación, juntamente con sus dimisiones de asociados.

5.° Las 4 libras esterlinas que se nos han enviado por concepto de vuestro ingreso, se depositarán en el Banco, en espera de vuestra decisión en el asunto.

6.° En caso de que hayáis comenzado á publicar el periódico que teníais en proyecto, el nombre de Das deberá dejar de figurar en el mismo, ó suspender su publicación hasta el término definitivo de este asunto.

Excuso manifestaros el profundo sentimiento que me causa que un hecho tan deshonroso pese sobre nosotros y sobre la Sociedad Teosófica del mundo entero. Sin embargo, espero ardientemente que personas de espíritu elevado, como vosotros parecéis serlo, á juzgar por las cartas que me habéis dirigido, procedan inmediatamente de modo tal, que la culpa de todo lo ocurrido recaiga sobre esta indigna y nada honrada personalidad, que ha jugado con los más nobles sentimientos de nuestros corazones.

A fin de impedir que esta carta oficial sea interceptada, os la enviaré con la traducción al español, por conducto del Sr. D. José Xifré, á quien pido que añada cuanto sepa sobre el culpable. La correspondencia en francés é inglés puede serme dirigida personalmente, pero las cartas en español tendréis la bondad de enviármelas por medio del señor Xifré, quien me las traducirá para mi gobierno.

Quedo de vosotros, queridos hermanos, fraternalmente vuestro,

(Firmado).

H. S. OLCOTT,

Presidente de la Sociedad Teosófica.

La paz, la continencia, la austeridad, la pureza, la rectitud, la ciencia con sus distinciones, el conocimiento de las cosas divinas; tal es la función de Brahma, nacida de su propia naturaleza.

(Del *Bhagavad Gîtâ.*)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.